CAPÍTULO XXXI

Famosas arengas de Emilio a los romanos y de Aníbal a los cartagineses.

Por consiguiente el Senado, después de haber exhortado a Emilio y haberle puesto a la vista por una y otra parte las importantes consecuencias de esta batalla, le envió al campo con orden de tomarse tiempo para decidir con valor el asunto y de una manera digna al nombre romano. Luego que llegaron al campo los cónsules, convocaron las tropas, les declararon las intenciones del Senado y las animaron a hacer su deber según lo pedía el caso. Emilio estaba tocado de lo mismo que profería. La mayor parte de su arenga se redujo a excusar las pérdidas anteriores, porque la memoria de éstas tenía aterrado al soldado y precisaba de quien le animase. Por eso procuró probar que si habían sido vencidos en los anteriores combates no eran una ni dos, sino muchísimas las causas a que se podía atribuir un éxito semejante. Pero al presente les dijo: «Si sois hombres, no tenéis pretexto para no vencer al enemigo. En aquellos tiempos, ni los dos cónsules pelearon con las legiones unidas, ni se sirvieron de tropas veteranas, sino de biso-

ñas e inexpertas, y, sobre todo, llegó a tal extremo su ignorancia en punto a la situación del enemigo, que antes casi de haberle visto se hallaron formados al frente y empeñados en batallas decisivas. Díganlo los que murieron sobre el Trebia, que, llegados el día anterior de Sicilia, al amanecer del siguiente estaban ya formados en batalla. Dígalo la jornada del Trasimenes, donde, no digo antes, pero ni aun en la acción misma se llegó a ver al enemigo, por la niebla que ocupaba la atmósfera. Pero al presente ocurre todo lo contrario. Estamos delante los dos cónsules de este año para tener parte con vosotros en los peligros. Hemos logrado de los del anterior el que permanezcan y nos acompañen. Vosotros estáis enterados de las armas del enemigo, de su formación y de su número. Habéis pasado ya casi dos años en diarios encuentros. Luego si a la sazón nos hallamos en circunstancias diversas a las de los anteriores combates, razón será también que nos prometamos de éste un éxito diferente. A la verdad, será extraño, o, por mejor decir, imposible, que peleando tantos a tantos hayáis salido casi siempre vencedores en las refriegas particulares, y que en una batalla campal, superiores en más de la mitad, quedéis ahora vencidos. Y así, romanos, pues que están tomados todos los medios para la victoria, sólo os resta vuestra voluntad y deseo. Para esto no creo sea necesario excitaros con más razones. La exhortación se queda o para tropas mercenarias o para gentes que, en virtud de un tratado, tienen que tomar las armas por sus aliados, cuya situación en el combate mismo es la más dura, y después de él sólo les queda una leve esperanza de pasar a mejor fortuna. Pero para los que, como vosotros ahora, tienen que pelear, no por otros, sino por sí mismos, por su patria, por sus mujeres e hijos, y esperan de las resultas del presente peligro una condición totalmente diversa, está de más la arenga; basta sólo la advertencia. Y si no, ¿quién no apetecerá más vencer peleando y, si esto no es dable, morir antes con las armas en la mano, que vivir para ser testigo del ultraje y estrago del enemigo? Ea, pues, romanos, figuraos vosotros mismos, sin respeto a mis palabras, qué diferencia haya entre el vencer y ser vencidos, cuáles sean las consecuencias de uno y otro extremo, y con estas prevenciones entrad en la acción, como que en ella arriesga la patria, no la pérdida de las legiones, sino del imperio todo. Pero, ¿a qué efecto las palabras? Si sois vencidos, no tiene ya Roma con qué hacer frente al enemigo. Toda su confianza, todo su poder, estriba en vosotros. Todas sus esperanzas, toda su salud, están refundidas en vosotros. Haced vosotros que no quede ahora frustrada su expectativa, y recompensad a la patria lo que le debéis. Sepa el mundo entero que si habéis sufrido los anteriores reveses no ha sido porque cedáis en valor a los cartagineses, sino por la poca experiencia de los que entonces pelearon y accidentes que a la sazón sobrevinieron». Dichas estas y otras parecidas razones para exhortarlos, Emilio despidió la junta.

Al día siguiente levantaron el campo los dos cónsules y condujeron el ejército a donde tenían aviso de que acampaba el enemigo. Dos días después llegaron y sentaron los reales a cincuenta estadios de distancia de los cartagineses. Emilio, que advirtió lo llano y descampado de la comarca, no tuvo a bien empeñarse en una batalla con un enemigo superior en caballería, sino atraerlo antes y conducirlo a tal terreno en que la infantería tuviese la mayor parte. Varrón por su impericia fue del sentir opuesto; de aquí la discordia y desunión entre los dos generales, cosa la más perniciosa. Al día siguiente, día en que mandaba Varrón (hay

costumbre entre los cónsules romanos de turnar en el mando por días), levantó el campo y avanzó, con ánimo de acercarse al enemigo, no obstante las protestas y prohibiciones de Emilio.

Aníbal le salió al encuentro con la infantería ligera y caballería, le alcanzó a tiempo que iba aún marchando, le atacó de improviso y le puso en gran desorden. Pero el cónsul, puestos al frente algunos legionarios, recibió el primer choque, envió después a la carga a los flecheros y la caballería, con lo que quedó por suya la refriega. La causa de esta ventaja fue no haber tenido los cartagineses apoyo que les auxiliase, y haber interpolado los romanos en su infantería ligera algunas cohortes de legionarios, que pelearon a un mismo tiempo. Llegada la noche, se separaron no habiendo salido el intento a los cartagineses como habían pensado. Al día siguiente Emilio, que ni aprobaba el que se pelease, ni podía ya retirar su ejército sin peligro, acampó con los dos tercios de sus tropas sobre el Aufidio, el único río que atraviesa los Apeninos. Éstos son una continuada cordillera de montañas, que separa todas las corrientes que riegan Italia, unas hacia el mar de Toscana, y otras hacia el Adriático. Por medio de este monte atraviesa el Aufidio, cuyo nacimiento se halla al lado del mar de Toscana, y desemboca en el Adriático. Con el tercio restante se atrincheró del otro lado del río, hacia el oriente del sitio por donde había pasado, distante del otro campamento como diez estadios, y un poco más del de los contrarios. De esta forma se proponía cubrir los forrajeadores de sus dos campos, y estar a la mira sobre los de los cartagineses.

Entre tanto Aníbal, viendo que las cosas habían llegado a términos de una batalla, temeroso de que el anterior descalabro no hubiese desanimado sus tropas, creyó que la ocasión pedía una arenga, y llamó a junta sus soldados. Una vez congregados: «Echad la vista, les dijo, por todos estos alrededores, y decidme: en caso de que los dioses os concediesen la elección, ¿qué mayor dicha les podríais pedir en las actuales circunstancias que, infinitamente superiores en caballería a los contrarios, venir a una acción general en tal terreno?» Todos convinieron en que la proposición no admitía duda. «Ea, pues, continuó, dad gracias primero a los dioses, de que previniéndonos la victoria, han traído al enemigo a este sitio; y después a mí, porque los he puesto en precisión de combatir. Ya no pueden evitar el trance, no obstante las ventajas en que sin duda los excedemos. Creo que al presente son del todo excusadas más exhortaciones, para alentaros y animaros a la pelea. Esto tuvo lugar cuando no os habíais batido aún con los romanos, y entonces ya lo hice con muchas razones y ejemplos. Pero cuando todos sabéis que los habéis vencido consecutivamente en tres batallas campales, ¿qué arenga más poderosa para excitaros al valor que vuestras propias expediciones? Los combates anteriores os han puesto en posesión de la campiña y todas sus riquezas. Esto fue lo que yo os prometí, y en todo os he cumplido la palabra. Pero la batalla presente va a decidir de las ciudades y efectos que éstas encierran. Si de ella salís vencedores, al instante toda Italia será vuestra. Esta sola acción os va a libertar de todos los trabajos y, apoderados de la opulencia romana, a haceros dueños y señores de todo el mundo. Y así por de más están las palabras, cuando son menester las obras. Confío con la voluntad de los dioses que veréis satisfecho cuanto os he prometido.» Este discurso fue recibido

con aplauso, y Aníbal, después de haber dicho éstas y otras parecidas razones, alabó y aplaudió su buen deseo, y despidió la junta.

Al instante acampó y atrincheró sobre aquel lado del río donde se hallaba el mayor campamento de los enemigos. Al otro día, ordenó a todos estuviesen dispuestos y prevenidos. Al siguiente formó sus tropas sobre el río, dando claras pruebas del deseo que tenía de venir a las manos. Pero Emilio, a quien no acomodaba el terreno, y por otra parte veía que la escasez de mantenimientos pondría prontamente a los cartagineses en la necesidad de trasladar el campo, permaneció quieto, puestas buenas guarniciones a sus dos campos. Aníbal se mantuvo así por algún tiempo; pero no presentándosele nadie, volvió a retirar sus tropas dentro de las trincheras y destacó a los números contra los del pequeño campo, que salían a hacer agua. La caballería númera se acercó hasta el atrincheramiento mismo y cortó la comunicación a los romanos con el río. Esto fue causa de que Varrón se enardeciese más y más, las tropas concibiesen un vivo deseo de combatir y sufriesen con impaciencia las dilaciones. Pues no hay cosa más penosa a un hombre, una vez resuelto a pasar por cuanto le sobrevenga, que estar pendiente de la expectación de lo futuro.